

## LA TERREDAD COMO MODO FUNDADOR DEL SER EN LA POESÍA CÓSMICA DE EUGENIO MONTEJO

Carolina Lozada\*

### RESUMEN

Cuando el poeta venezolano Eugenio Montejo frente al canto de un tordo escribe: “no sé qué hacer con este grito, no sé cómo anotarlo” (*Algunas palabras*, 1976, p.7) está admitiendo una limitación en la que filósofos como Heidegger también han reparado: el lenguaje no es suficiente para nombrar el mundo. A sabiendas de sus limitaciones, pero consciente de la complejidad del discurso lírico Montejo se acoge a este para dar cuenta del paso del hombre por la tierra en un planteamiento al que llamó *terredad*. Esta *terredad* establece un puente temático con las reflexiones presocráticas sobre el cosmos, el devenir, y nociones aristotélicas como *eidós* y *ousía*.

**Palabras clave:** Terredad, poesía cósmica, Heráclito, *eidós*, *ousía*.

---

\* Carolina Lozada (Venezuela, 1974). Magíster en Filosofía y Licenciada en Letras (Universidad de los Andes, Venezuela). Ha publicado la novela *Todo es lo que parece* (Caracas, 2023), los libros de cuentos *El perro estar* (Bogotá, 2019), *El cuarto del loco* (Caracas, 2014), *La culpa es del porno* (Caracas, 2013), *Los cuentos de Natalia* (Caracas, 2007), *Memorias de azotea* (Mérida, 2007) y el libro de crónicas *La vida de los mismos* (Caracas, 2011). En 2014 obtuvo el Premio de Cuento del Diario El Nacional. Algunos de sus relatos han sido publicados en diversas antologías: *Limítrofe. Relatos continentales* (Buenos Aires: UNAHUR, 2022), *Cómo se empieza a narrar. Antología de jóvenes narradores latinoamericanos*. (Santiago de Chile: LOM Editores, 2015), *Más que islas. Antología de cuentistas del Gran Caribe Hispano* (Cáceres: La Moderna, 2019). Correo electrónico: [calozada.ar@gmail.com](mailto:calozada.ar@gmail.com), <https://doi.org/10.53766/Filo/2023.30.04>

**TERREDAD AS A FOUNDING MODE OF THE BEING IN THE COSMIC POETRY OF  
EUGENIO MONTEJO****Carolina Lozada****ABSTRACT**

When hearing a thrush's song, the Venezuelan poet Eugenio Montejo writes: "I don't know what to do with this scream, I don't know how to write it down". He thus acknowledges a limitation that philosophers like Martin Heidegger have also conceded: language is not enough to name the world. Aware of these constraints, yet mindful of the complexities of the lyrical discourse, Montejo resorted to the latter in order to register man's life on earth, which he called *terredad* [earthiness]. This work explores such *terredad* to establish a thematic bridge which links it to the Presocratic reflections on the cosmos, and the becoming, and to Aristotelian notions such as *eidōs* and *ousia*.

**Keywords:** Earthiness, cosmic poetry, Heraclitus, *eidōs*, *ousia*.

Mucho tiempo ha transcurrido desde que Hesíodo en un arrebató místico o poético recibió el mandato de las musas para contar el origen, la genealogía divina, el principio. Desde entonces, y desde antes de entonces, el hombre no ha cesado de tratar de entender el universo que lo cobija, de comprenderlo e interpretarlo. En ese afán, han surgido partes y contrapartes, defensores y detractores de diversas posiciones filosóficas, religiosas, científicas, pseudocientíficas, charlatanas, antropológicas, sociológicas, etc. Y en medio de ese devenir especulativo han irrumpido poetas que desde su facultad reflexiva y creativa también han intentado dar cuenta del mundo físico, el metafísico y el transitar humano.

La poesía ha sido enunciativa y partícipe, desde su propia territorialidad, con sus rasgos distintivos y particulares, del proceso del pensamiento del hombre. La poesía pensante ha sido cercana al razonamiento filosófico. Recordemos las afirmaciones de Nietzsche en *El libro del filósofo* (2013): “el filósofo y el artista hablan de los secretos artesanos de la naturaleza” (p.10), destacando que “Heráclito no puede envejecer. Es la poesía fuera de los límites de la experiencia, prolongación del instinto mítico; también básicamente en imágenes” (p.28). Sin embargo, en *Así habló Zaratustra* el maestro le advierte al discípulo: “Pero en el supuesto de que alguien dijera con toda seriedad que los poetas mienten demasiado: tienen razón, —nosotros mentimos demasiado. Nosotros sabemos también demasiado poco y aprendemos mal: por ello tenemos que mentir” (151). Retoma Nietzsche de este modo lo ya advertido por Sócrates, pero asumiendo en la voz del iluminado, del anunciador del rayo, Zaratustra, la propia voz del poeta, contenida en el pronombre *nosotros*.

No es pretensión nuestra afirmar y abogar por el discurso poético como correlato del discurso filosófico, ni que ambos son una especie embrionaria siamesa, pero sí nos interesa recalcar en primer lugar el carácter primigenio de la poesía como el estadio primitivo del mito y luego de la indagación humana, y en segundo lugar, retomar algunas aproximaciones existentes entre filosofía y poesía; entendiendo que no toda propuesta poética contiene un germinal filosófico; sin embargo, nos atañe destacar que siempre ha existido una poesía pensante cuyas reflexiones aran sobre intereses y preocupaciones por la residencia del hombre sobre la tierra.

En este punto, es preciso detenernos en el poeta que nos convoca para establecer un diálogo entre algunos de sus poemas con la tradición presocrática abismada frente a la existencia y al cosmos:

Eugenio Montejo, escritor que desde sus inicios mostró interés en poetizar sobre el propio lenguaje, el mundo físico, sus pobladores, los que están, los que estuvieron, el tiempo (no necesariamente lineal e histórico pero sí circular, aniquilador; un tiempo al que Deleuze llama tiempo flotante; compuesto por la memoria, instantes presentes y anacronismos). Ser, lenguaje, tiempo, naturaleza fueron parte de las inquietudes que lo acompañaron en su oficio poético. Montejo se sabe deudor de una tradición antiquísima y en consecuencia actúa al apostar —en una época en la que sus contemporáneos se abocaron al estruendo de las renovaciones vanguardistas— por “un arte que sea a la vez un puente capaz de poner en diálogo lo antiguo con lo nuevo” (entrevista, 2006). Esta afinidad con las preocupaciones de la primera filosofía se nota en las constantes apelaciones del poeta en torno a la naturaleza y la convivencia del hombre en la tierra, algunas de las cuales tienen una resonancia a antiguos fragmentos presocráticos: “Dentro de un hombre hay un río, /que va pasando por él” (*Guitarra del horizonte*, 1991, p.46), “- ¿Y qué es un río? / - Un relámpago viejo, lento y dubitativo” (*El cuaderno de Blas Coll*, 2007, p. 106). Frente a la imagen del hombre de cara a la existencia, el poeta aludido precisa en una entrevista: “la poesía nos da los elementos profundos para despertar. Puede estar en la palabra, puede no estar en ella. Lo importante es despertar ante la maravilla del mundo para verlo” (2001). Recordemos que en el maravillarse frente al mundo está el génesis filosófico. El poema “Duración” (2012) es ilustrativo de esa exploración constante en torno a la existencia del hombre:

Dura menos un hombre que una vela  
pero la tierra prefiere su lumbre  
para seguir el paso de los astros.  
Dura menos que un árbol,  
que una piedra,  
se anochece ante el viento más leve,  
con un soplo se apaga.  
Dura menos que un pájaro,  
que un pez fuera del agua,  
casi no tiene tiempo de nacer,  
da unas vueltas al sol y se borra  
entre las sombras de las horas  
hasta que sus huesos en el polvo  
se mezclan con el viento.

Y sin embargo, cuando parte  
siempre deja la tierra más clara (p.36).

Detengámonos para ver el modo en que el escritor hace del devenir del hombre y la comprensión del universo y de su *lógos* el motivo de su reflexión poética. Aborda Montejo al hombre desde su finitud “Dura menos un hombre que una vela”, “dura menos que un pájaro/ que un pez fuera del agua”, el hombre visto así es de una fragilidad pasmosa; apenas si tiene tiempo de estar: “da unas vueltas al sol y se borra”; sin embargo, esa precaria y breve finitud está concebida dentro de algo más duradero: la especie. Dentro de esta el hombre es si acaso un momento, un ser en movimiento hacia su propia corrupción, hacia su aniquilamiento. No obstante, a su paso “siempre deja la tierra más clara”; en este sentido el hombre es oyente e intérprete del mundo que le sirve de albergue en su breve estadía, en consecuencia, su paso no es en vano. El verso “siempre deja la tierra más clara” hace alusión al sujeto que escucha el *lógos*, el hombre que haciendo uso de su facultad intelectual está en posición de apertura ante el mundo que se está mostrando y ocultando, pues como dice Heráclito, “La verdadera constitución de cada cosa suele esconderse” (Frag. 8).

En esa danza sin tregua de vida y muerte es válido acudir al fragmento 51 de Heráclito que predica acerca del fuego sempiterno de la existencia:

Este mundo, el mismo para todos (los hombres),  
no fue ordenado por ningún dios u hombre,  
sino que ha existido siempre, existe y existirá;  
(siendo) un fuego siempre vivo que se va prendiendo en medidas y  
apagando en/ medidas.

En Montejo, el hombre es partícipe de ese proceso de vida/muerte, de tránsito, descanso y renovación. Hay una insistencia en destacar esa brevedad de los moradores de la tierra como parte de un concierto que se renueva “prendiendo en medidas y apagando en medidas”. La existencia vendría a ser una espiral incesante e infinito: “a bordo noche y día de esta errancia sin término en la gravitación de la galaxia” (1997, p.30).

La afinidad de Montejo por Heráclito se hace patente en el poema “Un tordo” perteneciente a *Partitura de la cigarra* (1999), en este texto lo invoca y celebra:

Sobre el pretil del patio, un tordo,  
un tordo negro.  
Pájaro urbano, serio, a quien preocupa,  
más que las migas de noviembre,  
más que el bullicio de tantos tertuliantes,  
la última traducción de Heráclito  
a su alfabeto alado. — Y en ello piensa,  
en ello  
ahora  
está pensando...  
Devoto de su cátedra,  
con su sonoro griego monosilábico  
llenas de tiza sus plumas de maestro,  
tan taciturno en esta hora de la tierra,  
medita absorto desde su muro.  
Pájaro que no lleva pajuelas a su nido  
ni ramillas salvajes,  
sino finos hexámetros,  
algún papiro aun indescifrable  
y las visiones del sueño presocrático (p.12).

El poeta insiste en el uso de la figura del pájaro para vincularlo con el filósofo de Efeso, su ortónimo Blas Coll anota en su cuaderno: “El *Lógos* es un pájaro con las alas húmedas que toca a las puertas del aire” (p.118). Montejo ha hecho patente su intención de establecer un constante diálogo poético entre el hombre y el cosmos, el hombre en comunión con el lugar que habita, con su *terredad*. El neologismo inventado por el escritor le sirve para titular su libro de 1978 y a la vez dar ubicuidad a su discurso literario dentro de la noción de hombre-seres-cosas-mundo. Sobre la significación de esta palabra el creador responde:

La terredad es un intento de definir la condición misteriosa de los días del hombre sobre la tierra. Esa experiencia de la terredad se basa en lo que se llama la emoción de lo existente. Dentro de esto, a menudo reiteramos emociones terribles como el confrontarnos con el misterio de que nos

precede un inmenso océano de nada y de que somos como una isla. Es percibir la fugacidad de la vida, tan breve, que es un soplo. Ya Sófocles no le llamaba “hombre” al hombre, sino “efímeros”. Él decía “Oh efímeros, qué se es, qué no se es”. Bien, dentro de estas experiencias de lo terrible de la condición humana, a veces, no se puede olvidar que también es parte lo otro. ¿Qué es lo otro?, la celebración de la vida, el milagro irreplicable de estar aquí. Cada minuto uno se maravilla de estar vivo y de estar delante de sucesos, de hechos, de contemplaciones. El intento de celebración es festejar la maravilla del mundo. Eso no borra las otras experiencias, la angustia de la nada y de la muerte. Es una lectura complementaria del hecho de la existencia y del hecho de la terredad (2001).

La *terredad* como aquello que supone el paso de los hombres sobre la tierra, -su estar en-, recuerda a aquella pregunta considerada fundamental por Nietzsche en *Más allá del bien y del mal*: “¿Qué es lo que debe testimoniar el hombre? Su pertenencia a la tierra. Y consiste tal pertenencia en que el hombre es heredero de todas las cosas y aprendiz de todas” (p.23). La *terredad* es el registro del devenir, la celebración de la vida, y la certeza de su carácter efímero. Francisco Rivera (1986) en “La poesía de Eugenio Montejo” abre el planteamiento acerca “¿de dónde provienen esos deseos del poeta de cantarle a la tierra?”, “¿De dónde sus dudas?” La respuesta lo lleva a una vieja inquietud poética:

Contestar estas preguntas con relación a *Terredad*, libro que se inscribe claramente en la tradición de la poesía cósmica de origen nietzscheano, equivaldría a volver a contar la historia de la poesía moderna desde el romanticismo hasta el presente, historia que ya ha sido narrada detenidamente por Octavio Paz en *Los hijos del limo*. Retengamos aquí solamente el hecho de que, en su disputa con el racionalismo moderno y con sus consecuencias prácticas, es decir la sociedad industrial y todos sus horrores, el poeta moderno siguiendo el consejo de Zaratustra de permanecer fiel a la tierra y de no creer a quienes hablan de esperanzas sobretelúricas (“Bleibt er Erde treu und glaubt denen nicht, welche euch von überirdischen Hoffnungen reden!”), se ha propuesto un regreso a los ritos y fiestas antiguos en los que se invocaban la fuerza telúricas, en los que hombre y tierra eran una sola cosa viviente. Este regreso puede ser triunfal, pero frecuentemente aparece teñido por cierta melancolía, la desazón que experimenta el hombre al constatar su transitoriedad, la unicidad de sus vivencias. En su novena “Elegía del Duino”, por ejemplo, Rilke afirma que “estar aquí es mucho”, pero luego se lamenta de que ese “estar aquí”, ese Hiersein, está unido a la idea de “una vez solamente”, “una vez y nada más” (“Ein Mal und nichtmehr”); Jules Superville, cantor de la tierra, pero quizás más cercano por haber nacido en Montevideo y haberle comunicado a la poesía francesa cierto tono latinoamericano, a menudo escribe con una gran nostalgia, la de un muerto que recuerda “el tiempo

---

inolvidable es que estábamos en la Tierra”, como dice el epígrafe que Montejo ha escogido para su colección (p.42).

Sin embargo, a pesar de esa añoranza por el tiempo en que el hombre convivía con la tierra, en Montejo no hay un canto amargo porque lo que ya no es, sino un trino melancólico que se asoma a un pasado remoto (el del hombre en sí) y a un pasado propio (el familiar, el suyo propio) desde la conciencia de un presente, desde la enunciación de alguien que ve cambiar al mundo pero sin la estridencia del grito y de la denuncia anti-progreso tecnológico y moderno, sino desde la mirada de quien se asume pasajero, sujeto momentáneo, hombre del devenir terrestre, cuyo tiempo está transcurriendo y aniquilándose a su vez. Así en “Pavana para una dama egipcia” (2006), el autor reflexiona en torno a ese tránsito vital, la conciencia de lo efímero dentro del concierto eterno:

Yo sé que un día aquí sobre la tierra  
no estaré nunca más. Habré partido  
como los viejos árboles del bosque  
cuando los llama el viento (...)  
También sin meditar suelen los árboles  
tener claro su fin. Como toda materia  
guarda memoria de su nada póstuma.  
No es preciso pensar para decirse  
— cada quien a sí mismo — adiós por dentro.  
Con ver las hojas en otoño basta;  
con ver la tierra allá a lo lejos, roja,  
flotando en el abismo, sin nosotros,  
se aprende casi todo...  
(...) porque lo eterno vive de lo efímero  
como en nosotros el dios que nos custodia  
con tanto enigma en su perfil de pájaro  
y su vuelo por siempre está en la puerta (s.p).

Es curioso el uso de la imagen del dios custodio con su perfil de pájaro, está haciendo alusión a Thot, la divinidad egipcia de la sabiduría, el inventor de la escritura, patrón de los escribas, creador del lenguaje. En Montejo, ningún nombre remitente al pasado es fortuito, en su búsqueda siempre

hay un sentido que apunta hacia esa universalidad del hombre, de su relación con el tiempo inmemorial, circular y su paso por la tierra.

En “La terredad de un pájaro”, el autor introduce un verso feroz sobre la minucia de tiempo que somos los seres que moramos la tierra: “porque en el tiempo no es un pájaro/sino un rayo en la noche de su especie” (p.61). En este sentido, Rivera mantiene que la vuelta a la tierra en Montejo, poeta de las tensiones en busca de equilibrio, poeta de lo actual que viene de tiempos muy remotos y que a esos tiempos quiere regresar, está marcada por la conciencia de lo pasajero. En “Setiembre”, por ejemplo, podemos leer:

Mira setiembre: nada se ha perdido  
 Con fiarnos de las hojas.  
 La juventud vino y se fue, los árboles no se movieron.  
 El hermano al morir te quemó en llanto  
 Pero el sol continúa.  
 La casa fue derrumbada, no su recuerdo.  
 Mira setiembre con su pala al hombro  
 Cómo arrastra sus hojas secas (p.43).

Este poema recoge a la manera de quien ve caer las hojas del otoño el tránsito y el ocaso que es el hombre. El hombre es perecedero, pero el ser es perenne, la casa puede ser derrumbada, pero la memoria la mantiene intacta, el sol continúa con su llama, el fuego sempiterno. “La vida vale más que la vida, sólo eso cuenta”, afirma uno de los versos de “Setiembre” más adelante. Montejo recoge a la manera de quien ve caer las hojas del otoño el tránsito y el ocaso que es el hombre. Al poeta le toca cantar la memoria de lo que fue, de lo que es, de lo que ya no está y de lo que podría ser o estar. A través del canto lírico se convierte en el testigo del devenir acontecido en la tierra:

Miraba yo mi amada tierra un día  
 con el raigal asombro de estar vivo,  
 buscando en su verdor el oro esquivo  
 que el viejo sol de lejos le traía (...)  
 Miraba absorto nubes, rocas, montes,  
 la cósmica materia que en el mundo

convierte lo fugaz en permanente”

(“Una visión”, 2007, p.142).

En las palabras que preceden a la edición de *Terredad* (2012) el poeta Rafael Cadenas recuerda lo dicho por su colega en una presentación literaria; según Cadenas, Montejo contó que él “quería nombrar la condición tan extraña del hombre en la tierra, de saberse aquí entre dos nadas, la que nos precede y la que nos sigue” (p.11). Es inevitable no remitirse a *Así habló Zaratustra* cuando diserta sobre los poetas y afirma: “Yo soy de hoy y de antes dijo luego, pero hay algo dentro de mí que es de mañana y de pasado mañana y del futuro” (153). Es la vivencia del hombre en la tierra en un tiempo que parece circular como el orbe, una gran constante en este autor, alguno de cuyos textos enuncian desde un pasado al que no perteneció pero que presencia a través de otros.

El término *terredad*, aun cuando sea un neologismo, una nominación poética si se quiere arbitraria, funciona perfectamente para entender la explicación aristotélica acerca del *eidos* y la esencia del ser del ente. Para Aristóteles, el *eidos* es el modo de ser de la cosa, la esencia que no muere; así la madera puede transformarse, partir de ser árbol a ser casa, mesa, lápiz, el leño para la lumbre, la materia se transforma, pero su esencia no perece. En *Guitarra del horizonte* (1991), Montejo se aboca a las coplas a través de uno de sus ortónimos: Sergio Sandoval y nos ofrece una poética interpretación de la transformación de la materia, de la composición de *ὕλη* y *εἶδος*, de la combinación entre el estado latente que supone la *dínamis* y la ejecución de esa disposición en *ἐνέργεια*:

La guitarra está en el árbol,  
no ha nacido todavía,  
pero cuando sopla el viento  
se escucha su melodía.

Dentro del árbol aún es joven la guitarra que sonará mañana en las manos de algún hombre. Su madera, verde y viva, no sabe cuántas notas abrigará en su caja sonora ni qué día llegará a las hábiles manos del artesano para salir vestida de guitarra. Por ahora sólo es parte del árbol; ha ido creciendo con él, y cuando conoce de música es lo que oye a los pájaros. Ya nacerá a su hora, cuando Dios lo disponga; mientras tanto vive en el tiempo de su verde inocencia, como otras que hoy oímos sonar formaron parte antaño de un cedro rumoroso. Y, sin embargo, aunque su forma definitiva

todavía se demora dentro del tronco anillado al paso de los astros, sus sonidos, ya lo dice esta copla, se anticipan y nos acompañan cada vez que el viento mece la arboleda (p.52).

Esta copla presenta al árbol como un ente en estado de *dínamis*, en transición hacia una *energéia*, que lo convertirá en guitarra, la manifestación plena de su *ousía* musical. En el último texto de *Terredad*, el poeta insistirá en la transformación del árbol, esta vez el viejo samán dispone su madera para la lumbré: “en los anillos de mi cuerpo, / anoté mis vueltas al sol de la tierra/ (...) Quise ser lo que soy: un samán de estos campos, / que el leñador disponga de mis ramas/para su buena lumbré. / Ya no temo los fuegos” (p.76).

Árbol y pájaro, inseparables presencias en la poesía de Eugenio Montejo, son útiles y preciosas para comprender desde la sutileza y profundidad poética las nociones aristotélicas planteadas. Cuando el poeta dice “la terredad del pájaro es su canto” está expresando el *eidós*, el modo de ser del pájaro, su esencia, lo que define su ser; esto es el canto. El verso montejeano podría ser sustituido por “el *eidós* del pájaro es su canto” y no variaría su significación porque esa *terredad* a la que apunta Montejo es a la esencia fundamental del ser pájaro, su *ousía*; en este sentido el poeta asume un modo fundador del ser a través de la palabra. El poema completo no solo se explaya en la consideración sobre lo esencial del ave, sino que celebra su canto y lo inscribe en el cosmos y el devenir:

La terredad del pájaro es su canto,  
lo que en su pecho vuelve al mundo  
con los ecos de un coro invisible  
desde un bosque ya muerto.  
Su terredad es el sueño de encontrarse  
en los ausentes,  
de repetir hasta el final la melodía  
mientras crucen abiertas los aires  
sus alas pasajeras,  
aunque no sepa a quién le canta  
ni por qué,  
ni si podrá escucharse en otros algún día  
como cada minuto quiso ser:

más inocente.  
Desde que nace nada ya lo aparta  
de su deber terrestre,  
trabaja al sol, procrea, busca sus migas  
y es sólo su voz lo que defiende  
porque en el tiempo no es un pájaro  
sino un rayo en la noche de su especie,  
una persecución sin tregua de la vida  
para que el canto permanezca (p. 61).

Sobre “La terredad de un pájaro”, Francisco Rivera se detiene para sostener que: curiosamente el ser alado y canoro, no constituye en Terredad una fuerza ascendente de sublimación, sino que más bien da cuerpo y movimiento a una energía descendente de condensación que, humilde pero obstinadamente, une al poeta con la tierra: “La terredad de un pájaro es su canto”, nos dice Orfeo, “lo que en su pecho vuelve al mundo/ con los ecos de un coro invisible/ desde un bosque ya muerto”. Lo que vuelve al mundo, lo que desciende: “Desde que nace nada ya lo aparta de su deber terrestre” (p. 49).

El apego por lo terrestre en consonancia con un macrocosmo que nos incumbe, pero desde nuestra forma efímera nos recuerda el llamado de Zaratustra: “Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis a quienes os hablan de esperanzas sobre-terrenales” (27). La añoranza del canto no es por un más allá postrero sino por la ausencia que queda: “Creo en la vida como terredad” (p.66), confiesa Montejo, el verso encabeza uno de sus poemas; mientras que en “Sólo la tierra” reafirma su apego:

Siempre seré fiel a la noche  
y al fuego de todas sus estrellas  
pero miradas desde aquí,  
no podría irme, no sé habitar otro paisaje.  
Ni con la muerte dejaría  
que mis cenizas salgan de sus campos.  
La tierra es el único planeta  
que prefiere los hombres a los ángeles (p.21)

Dentro de ese orbe, el pájaro y el árbol son dos figuras esenciales en la poesía de Eugenio Montejo, el primero le sirve como el ser que transcurre entre lo etéreo y lo terrestre; el mensajero entre cielo y tierra; el segundo está arraigado al suelo, pero sus ramas hacen melodía con el viento y sirve de topos, de nido al pájaro. Ambos símbolos lo inscriben dentro de una poesía de la tierra, una poesía cósmica. Un exhaustivo Rivera se dio a la tarea de contar la presencia de aves y árboles en *Terredad* y establece una relación del poeta venezolano con la más antiquísima poesía en cuanto al uso simbólico de estos seres de la naturaleza:

Tenemos, por lo tanto, un total de dieciocho textos sobre estos dos temas íntimamente relacionados entre sí en el pensamiento místico y en la poesía desde los comienzos de la humanidad. Y digo relacionados porque resulta difícil concebir, en términos cósmicos y poéticos, uno de estos símbolos desligados del otro. Ya en las Upanishad se encuentran textos como el siguiente:

Dos pájaros, compañeros inseparablemente unidos, residen en un mismo árbol; el primero come de su fruto, el segundo mira sin comer. El primero de estos pájaros es Jivatma. El segundo es Atma, puro conocimiento, y si se hallan inseparablemente unidos, es que éste no se distingue del otro sino de modo ilusorio (p.46).

En las plumas del ave, Montejo entrevé su devenir, mientras que en el canto dispone su *terredad* a sabiendas de que “en el tiempo no es un pájaro/ sino un rayo en la noche de su especie”.

## BIBLIOGRAFÍA

ARISTÓTELES (1987). *Metafísica*. Madrid: Gredos.

\_\_\_\_\_ (1994). *Física*. Madrid: Gredos.

\_\_\_\_\_ (1995). *Acerca del cielo*. Madrid: Gredos.

\_\_\_\_\_ (2000). *Acerca del alma*. Madrid: Gredos.

FRANKEL, H. (1993). *Poesía y filosofía de la Grecia arcaica*. Madrid: Visor.

HEIDEGGER, M. (1990). *Del camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal-Guitard.

\_\_\_\_\_ (1992). *Arte y poesía*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

\_\_\_\_\_ (1994). *Hölderlin. La esencia de la poesía*. Barcelona: Anthropos.

\_\_\_\_\_ (2005). *Aclaraciones en torno a la poesía de Hölderlin*. Madrid: Alianza.

- KIRK, C., Raven, J., Schofield, M. (1983). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Gredos.
- MARCOVICH, M. (1968). *Heraclitus*. Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes.
- MATTERA, C. (2016). *Heráclito y la poesía griega*. Mérida: Universidad de los Andes.
- MONTEJO, E. (1976). *Algunas palabras*. Caracas: Monte Ávila.
- \_\_\_\_\_ (1983). *El taller blanco*. Caracas: Fundarte.
- \_\_\_\_\_ (1991). *Guitarra del horizonte*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- \_\_\_\_\_ (1997). *Adiós al siglo XX*. Sevilla: Renacimiento.
- \_\_\_\_\_ (1999). *Partitura de la cigarra*. Valencia: Pre-Textos.
- \_\_\_\_\_ (2006). *Pavana para una dama egipcia*. Antología. Caracas: Ediciones Malvario.
- \_\_\_\_\_ (2007). *El cuaderno de Blas Coll*. Valencia: Pre-Textos.
- \_\_\_\_\_ (2012). *Terredad*. Mérida: Consejo de Publicaciones de la Universidad de los Andes.
- NIETZSCHE, F. (2003). *Los filósofos preplatónicos*. Madrid: Trotta.
- \_\_\_\_\_ (2012). *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Edición Kindle Fire.
- \_\_\_\_\_ (2011). *Así habló Zaratustra*. Madrid: EPUB.
- RIVERA, F. (1986). *Entre el silencio y la palabra*. Caracas: Monte Ávila.
- CANFIELD, M. (2006). Seis preguntas a Eugenio Montejo. Recuperado de <https://www.auroraboreal.net/actualidad/entrevistas/196-martha-canfield>
- CARRILLO, C. (2007). Alrededor de la palabra. Entrevista con Eugenio Montejo. *Conciencia Activa*, 21 (15), pp. 175-197.